

1 *Si alguno escandalizare á uno solo de estos pequeñitos que creen en mí (dice el Salvador), sería mejor ser arrojado en lo mas profundo del mar con una piedra de molino al cuello. ¿Qué deberán pensar de este modo de esplicarse el Hijo de Dios aquellos que dan malos ejemplos á los súbditos, á los hijos y á los domésticos? ¡Y qué remordimientos no despedazarán el corazón de un padre, de una madre, de un amo poco cristianos y de un superior poco ejemplar! Aun los mismos particulares menos virtuosos, menos ajustados, ¿no serán tambien reos de las perniciosas impresiones que hacen con sus malos ejemplos? Examina desde luego todo aquello en que te remordiere la conciencia sobre punto tan importante y tan esencial; no dejes de hacer cuanto te sea posible para reparar los daños que puedas haber hecho con una vida poco ajustada y con tus libres conversaciones.*

2 No solo se da mal ejemplo haciendo cosas malas: tambien se da, y no es menos contagioso, omitiendo las buenas que se debieran hacer. Un padre, una madre, un amo, á quienes apenas se les ve en la iglesia, que no frecuentan los sacramentos, que rara vez oyen una misa, edifican muy mal á sus hijos, criados y dependientes. Aquellas personas de autoridad que sufren se hable con poco respeto de la religion en su presencia, autorizan la maledicencia y la impiedad. Examinate acerca de estos dos puntos que ofrecen copiosa materia á importantes reflexiones.

## DIA X.

### MARTIROLOGIO.

SAN FRANCISCO DE BORJA, preposito general de la Compañia de Jesus, en Roma, memorable por la aspereza de su vida, por el don de oracion, y por haber renunciado las dignidades del mundo, y negado-se á admitir las de la Iglesia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN PINITO, obispo de Ginocea, en la isla de Candia, uno de los mas dignos prelados que ha tenido la Iglesia: floreció en tiempo de Marco Antonino Vero y de Lucio Aurelio Commodo, y dejó en sus escritos como en un espejo una viva representacion de si mismo y de su vida.

SAN GEREON, mártir, CON OTROS TRESIENTOS DIEZ Y OCHO, en Colonia; los cuales en la persecucion de Maximiano, en defensa de la religion católica ofrecieron con resignacion sus cuellos á la espada. (Parece que S. Gereon y S. Victor, que sigue, eran oficiales de la legion Tebea, y todos sus compañeros individuos de la misma, los



cuales murieron muchos despues del martirio de su jefe S. Mauricio.)

LOS SANTOS VICTOR Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES, en las cercanias de la misma ciudad. (De la misma legion que los que preceden.)

LOS SANTOS MÁRTIRES CASIO Y FLORENCIO, CON OTROS MUCHOS, en Bonna en Alemania. (De la misma legion que los precedentes.)

LOS SANTOS MÁRTIRES EULAMPIO, Y EULAMPÍA virgen, su hermana; la cual habiendo oido que atormentaban á su hermano por la fe de Cristo, corriendo atravesó por medio del tropel hasta llegar á abrazarle y hacerse compañera suya en la pelea: ambos fueron metidos en una caldera de aceite hirviendo; mas como de ella saliesen sin recibir daño alguno, fueron degollados para alcanzar la corona de su martirio juntamente con otros doscientos, que al ver aquel milagro se habian convertido á la fe.

SAN PAULINO, obispo, en Yorck en Inglaterra, discipulo de S. Gregorio papa; el cual habiendo sido enviado con otros por este santo doctor á predicar el Evangelio á los ingleses, convirtió á la fe de Cristo al rey Edwin y á su pueblo.

SAN CERBONIO, obispo y confesor, en Porto Baratto en la Toscana; del cual escribe S. Gregorio que en vida y en muerte obró grandes milagros.

OTRO SAN CERBONIO, obispo, en Verona.

OTRO SAN PAULINO, obispo, en Capua.

SAN FRANCISCO DE BORJA, DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

SAN Francisco de Borja, gloria de su ilustrisima casa, admiracion de los príncipes cristianos, modelo de los mas perfectos religiosos, y uno de los mayores santos de su siglo, nació al mundo el dia 28 de octubre del año de 1510, en la ciudad que comunica su nombre al ducado de Gandía. Fue hijo de D. Juan de Borja, tercer duque de Gandía, y de D.<sup>a</sup> Juana de Aragon, nieta del rey D. Fernando el Católico. Pusieronle el nombre de Francisco en cumplimiento del voto que habia hecho á S. Francisco de Asís la duquesa su madre hallándose muy apurada al tiempo de darle á luz. Desde su misma niñez comenzó á verificar el vaticinio de su futura santidad que habia hecho su virtuosa abuela D.<sup>a</sup> María Enriquez. Eran el duque y la duquesa señores de tanta religion como piedad, por lo que se dedicaron cuidadosamente á inspirarle las mas virtuosas máximas de una y otra desde los primeros asomos de la razon, en los inocentes ensayos de la infancia; y para no omitir diligencia alguna conducente á su mejor educacion, le escogieron un ayo y un maestro, en quien lo virtuoso compitiese con lo hábil. Dióle muy poco que hacer el niño Francisco, en quien era natural la vehemente propension á la virtud; y juntándose á un corazon



S. FRANCISCO DE BORJA.



noble, dócil y generoso un ingenio vivo, pronto, brillante y perspicaz, iban a la par los progresos en la virtud y el adelantamiento en las letras; tanto que todos miraban con admiración aquella tierna piedad, que iba creciendo al paso de los años, cuando se observa con tanta frecuencia en otros niños, que conforme se va despejando la razón, se van disminuyendo las buenas inclinaciones.

A los diez años de su edad perdió a la duquesa su madre, y se notó, no sin admiración, que su excesivo dolor en pérdida tan sensible no se redujo precisamente a desahogarse por muchos dias en un torrente de lágrimas, sino a descargar sobre su tierno cuerpecito sangrientas disciplinas, que ofrecía por sufragio, para hacer mas meritorias sus fervorosas oraciones, sin poderse averiguar quién habia madrugado tanto a inspirar en el inocente niño aquel espíritu de mortificación y penitencia.

Era tío materno de Francisco D. Juan de Aragon, arzobispo de Zaragoza, y enamorado de las grandes prendas que se iban asomando en su querido sobrino, quiso absolutamente que se criase dentro de su palacio. Dióle maestros muy hábiles que le perfeccionaron en las letras humanas; y habiéndole deparado por este tiempo la divina Providencia un sabio, prudente y virtuoso confesor de la religion de S. Jerónimo, se aprovechó de tan oportuna como diestra y experimentada escuela para hacer maravillosos progresos en la ciencia de la salvacion. Vivian en la ciudad de Baza su bisabuela D.<sup>a</sup> Maria de Luna, sus tias y sus hermanas; y habiendo pasado a visitarlas, cayó gravemente enfermo en aquella ciudad. Corrió gran peligro su vida; pero este peligro fué de orden inferior al que le espuso la resolucion que se tomó de enviarle a la corte. Queriendo el duque su padre que se acostumbrase desde luego al género de vida a que parece le destinaba su mismo nacimiento, logró que entrase a servir con empleo correspondiente en el cuarto de la infanta D.<sup>a</sup> Catalina, hermana de Carlos V. El mismo fué Francisco en el bullicio de palacio, que en la quietud de su familia. Casóse la infanta con D. Juan III, rey de Portugal, y el niño Borja se restituyó a Zaragoza al palacio de su tío para acabar la filosofia, en la que sobresalió mucho la brillantez de su ingenio. Así el arzobispo su tío, como el duque su padre, le observaban mas inclinado al retiro de los claustros, que al estrépito del mundo; y para desviarle de aquella inclinacion, determinaron enviarle segunda vez a la corte de Carlos V, con esperanza de que su genio dócil, franco y condescendiente poco a poco le iria inspirando distintas inclinaciones. Aun cuando en la vida de cortesano se hubiese

eximido dichosamente del naufragio su inocencia, fué cierto, que, a lo menos, se entibió su fervor. Hallábase Francisco justamente en los diez y siete años de su edad, y la naturaleza habia andado pródiga con él en todas las perfecciones que hacen a un jóven cabal. El talle desembarazado, noble y ventajoso; la tez limpia, delicada y viva; ojos centelleantes, el aire naturalmente despejado, con no sé qué gracia particular en todos los movimientos; todos sus modales gratos, cultos, atentos, que respiraban nobleza y generosidad; ingenio sutil y fino, con cierta discrecion pronta y juiciosa, acompañado todo de una modestia y de una compostura natural, que hacia mucho mas amable este noble conjunto de prendas naturales; pero este mismo conjunto de que los hombres hacen tanta vanidad, esponia al jóven Francisco a mas evidentes riesgos. Conociólos el jóven Borja, y se pertrechó contra los vicios de la corte con la frecuencia de sacramentos y con una tierna devocion a la santísima Virgen. Supo encontrar el arte de hermanar los deberes de cortesano con las obligaciones de cristiano verdadero; dificultosa, pero muy posible mezcla, que mereció ganar no solo la estimacion, sino el cariño del emperador y de la emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel. Prendada ésta de tan nobles partidas como concurrían en Francisco, quiso que se casase con D.<sup>a</sup> Leonor de Castro, dama de la misma emperatriz, a quien esta princesa amaba como a hija, reputada por la primera hermosura de palacio, y señora de una de las primeras casas de Portugal. Fué esta boda muy aplaudida del emperador, quien para dar a Francisco alguna señal de su particular estimacion, le hizo marqués de Lombay y caballero mayor de la emperatriz. No vió el mundo matrimonio mas igual, ni tampoco mas feliz. Bendijole Dios con posteridad tan numerosa y tan ilustre, que la mayor parte de la grandeza de España se gloria de la descendencia ó de la alianza de sus casas con la de S. Francisco de Borja.

Cuanto mas de cerca trataba el emperador al nuevo marqués de Lombay, mayores fondos descubria en su virtud y en su mérito; tanto, que en breve tiempo las benignidades de favorecido pasaron a ser confianzas de privado. Estudiaban juntos las matemáticas, y por lo comun acompañaba al emperador en la diversion de la caza. Era Francisco estrañamente aficionado a la de cetrería; pero acostumbrado ya a santificar todas sus acciones, mortificaba su curiosidad puntualmente cuando el objeto le llamaba con mayor viveza, privándose del inocente deleite que habia buscado con tanta fatiga en el mismo punto en que el halcon iba a arrojarle sobre la presa.



Siendo ya confidente y árbitro de todos los secretos del emperador, le acompañó en la expedición de Africa, y también le siguió á la que intentó con menos felicidad sobre las costas de la Provenza, señalándose en todas ocasiones tanto por la prudencia en el consejo, como por el valor en la campaña. Padeció por este tiempo dos graves enfermedades, que comenzaron á disgustarle del mundo segun los intentos de la divina Providencia; pero lo que mas contribuyó á confirmarle este disgusto, fué la muerte de la emperatriz, que sucedió en Toledo el año de 1539. Mandóle el emperador que condujese el cadáver á Granada, y al descubrirle para hacer la entrega, le halló tan horrorosamente desfigurado, que no se reconocia en él ni un solo rasgo de lo que habia sido: espectáculo que le dejó fuera de sí; y comparando el presente horror con la pasada hermosura, resolvió no malograr sus servicios en obsequio de quien estuviese espuesto á igual miseria, sino consagrarlos todos á solo Dios. Restituido á la posada, encerrado en su cuarto, postrado en tierra, y deshaciéndose en lágrimas, comenzó á exclamar: *No, Señor, no, Señor, no ya mas servir á dueño alguno que se pueda morir*. En estos tiernos y desengañados afectos le cogió la hora de asistir á las reales exequias, y la oración fúnebre que pronunció en ellas el célebre maestro Avila, acabó en su corazon la obra que habia comenzado el horroroso cadáver; y acudiendo oportunamente los auxilios de la gracia, hizo voto de abrazar la vida religiosa si sobrevivía á la marquesa.

Nombróle el emperador virey de Cataluña, y le hizo comendador de la órden de Santiago; pero en todos los empleos fueron iguales los ejemplos y los efectos de su fervorosa conversion. Luego que tomó posesion de su gobierno, mudó de semblante toda la provincia. Purgóla de los ladrones que infestaban los caminos; corrigió los abusos que turbaban el régimen de los pueblos; reprimió la licencia, esterminó el vicio, y en breve se reconoció florecer en todo el principado de Cataluña la religion, la paz, la justicia y la abundancia; haciendo el santo virey tanto honor á la elevacion del empleo con el esplendor de su magnificencia, como á la santidad de la religion con los ejemplos de su virtud.

Desde entonces comenzó á vivir como religioso en su palacio. Dedicaba todas las mañanas cuatro ó cinco horas á la oracion; y sin faltar en nada al despacho de los negocios públicos, se entregaba todo el tiempo que podia á ejercicios de caridad. Su mesa era ostentosa para los convidados, pero muy parca para el virey. Era su ayuno continuo, y cuando se sentaba á la mesa, no

era á comer, sino á mortificarse con alguna nueva invencion. Correspondia la misericordiosa profusion en las limosnas á la rigurosa severidad de sus penitencias: todo pobre, todo desvalido sabia muy bien que en el virey tenia protector y padre. Todos los dias rezaba el Rosario, acompañando la oracion vocal con la meditacion; y no contento con comulgar en público las fiestas mas solemnes para la edificacion, comulgaba en su oratorio todos los domingos del año para consuelo, para conservacion y para aumento de su fervor. Con motivo de esta sólida devocion se suscitaron varias disputas sobre la frecuente comunión; asunto en que se dividieron los pareceres de todas las universidades de España. Quiso el virey saber el dictámen de S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, de cuyo nuevo instituto le habia dado noticia el padre Antonio Araoz, célebre predicador, informándole individualmente de sus particularidades, como también de la santidad, de la prudencia y de los talentos de su ilustre fundador. Escribióle Borja consultándole el punto que se controvertia, y quedó tan satisfecho de su respuesta, que determinó acudir en adelante á aquel oráculo en todas las dudas que diesen lugar á esperar su decision.

Ya por aquel tiempo eran largo asunto á la conversacion y á la admiracion de todos los príncipes de la Europa la prudencia y la santidad del virey de Cataluña, creciendo al paso de su fama la estimacion y el amor que le profesaba Carlos V. Dióle las mayores pruebas de uno y de otro en las cortes de Monzon, donde en las familiares y frecuentes conversaciones que tuvo con él le descubrió su corazon, manifestando el emperador á Francisco la grande impresion que le hacian sus ejemplos. Muerto el duque su padre, y entrando el virey á ser duque cuarto de Gandía, lejos de llenarle el corazon la nueva grandeza, renovó con su desengaño mas vivas y mas encendidas ansias del retiro. Costóle la licencia muchas representaciones, grandes instancias y repetidas súplicas. Rindióse en fin el emperador, y Francisco se retiró á la capital de sus estados. Apenas puso los pies en Gandía cuando reedificó el hospital, y dió principio á la fundacion de un colegio de la Compañía, al mismo tiempo que estaba fundando un convento á los padres dominicos en su marquesado de Lombay. Entró á la parte en todas estas buenas obras del duque la virtuosa duquesa su mujer; pero cuando Francisco se prometia mas dilatados auxilios de su amable compañía, le dejó viudo á los treinta y seis años de su edad, y en prendas de su amor dos hijos y tres hijas, que todos se enlazaron con las primeras casas de España, á escepcion de la última hija, la cual se consagró á Dios en el convento de Sta. Clara de Gandía.



La muerte de la duquesa dejó á Francisco con entera libertad para cumplir su antiguo voto. Duróle poco la indecision sobre la eleccion del instituto. Armábase mucho el de la Compañía por la circunstancia particular de cerrarse en él la puerta á las dignidades eclesiásticas; y habiendo hecho los ejercicios espirituales, siendo su director el padre Fabro, uno de los primeros profesores de la Compañía, reconoció tan visible la voluntad del Señor, que convirtió el voto general de religion en el particular de entrar en la Compañía de Jesus. Dió prontamente cuenta de todo á san Ignacio, que recibió esta noticia con el mayor consuelo, y aprobando su resolution, le envió una instruccion de lo que debía hacer para poner en ejecucion sus fervorosos deseos. Aconsejóle que estudiase teologia, y que recibiese el grado de doctor en su universidad de Gandía. Pero como todavía restaban muchos negocios que arreglar en su familia, y crecian cada dia en su corazon las ansias de cumplir el voto que habia hecho, obtuvo licencia del papa para hacer los votos religiosos, y quedarse otros cuatro años mas en el siglo. Luego que recibió el breve pontificio hizo la profesion en su colegio de Gandía; y dejando el palacio en que vivia á su hijo primogénito, se retiró á otra casa para vacar más libremente á sus estudios y á los ejercicios de su nueva profesion. La primera orden que recibió de su superior Ignacio fué que moderase sus rigores y sus escesivas penitencias.

No hubo jamás religioso mas arreglado. Levantábase regularmente á las dos de la mañana; empleaba seis horas en la meditacion y en oraciones vocales; á las ocho se confesaba, oia misa, y comulgaba al fin de ella todos los dias. Hasta la hora de comer estudiaba teologia, y poco antes de sentarse á la mesa daba audiencia por breves instantes á sus vasallos y á los ministros de justicia. Comia, gastaba despues una hora en conversacion familiar con sus hijos y con sus criados; volvia á otro gran rato de estudio, y concluido este, daba puerta franca á cuantos tenian que hablarle. La mayor parte de la noche la pasaba delante del Santísimo Sacramento, y la aprovechaba tambien en macerar su cuerpo con sangrientas disciplinas. Su cama de allí adelante fué siempre una pobre alfombra, tendida sobre unos sarmientos; y toda su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia.

Concluidos felizmente todos los negocios que le habian obligado á representar en lo exterior el papel de duque y de grande de España, recibió el grado de doctor, despues de haber adquirido la ciencia y la suficiencia para merecerle. Hizo despues su testamento en virtud de la facultad que el papa le concedió en un breve particular; y habiendo sido él mismo testamentario y eje-

cutor, partió en derecha á Roma, cuyo viaje no interrumpió sus diarios devotos ejercicios. Recibióle el papa Julio III con des-acostumbrados honores, y hospedado en el colegio de la Compañía, recibió y pagó las visitas de toda la corte romana. Entregóse enteramente á la direccion de S. Ignacio, y escribió al emperador dándole parte de sus intentos, y pidiéndole su imperial consentimiento para renunciar solemnemente sus estados, títulos y empleos. Luego que se estendió por Roma esta noticia, así el papa como todo el sacro colegio pensó en honrar con la sagrada púrpura aquel grande ejemplo de virtud; lo que entendido por Francisco, todo sobresaltado, se salió de Roma repentinamente para volverse á España. Escondióse, por decirlo así, entre las peñas de la reducida provincia de Guipúzcoa, y visitó por devocion la casa de Loyola donde habia nacido S. Ignacio. Hallábase en Oñate cuando le llegó la respuesta del emperador, que recibió con inesplicable gozo; y luego que leyó la carta, postrado en tierra, rindió humildes gracias al Señor, porque ya en fin habia llegado la dichosa hora de ver perfectamente cumplidas sus fervorosas ansias; renunció con solemnidad todo cuanto poseia en favor de su hijo primogénito, cortóse el cabello y se vistió la sotana de la Compañía. El primer dia de agosto de aquel mismo año se ordenó de sacerdote, y fué á celebrar su primera misa en la capilla de la casa de Loyola para satisfacer su devocion particular; pero se vió obligado á celebrar la segunda en campo descubierta para satisfacer la del público. Fué tan inmenso el concurso de los que quisieron recibir de su mano la sagrada comunión, que no pudo acabar la misa hasta las dos ó las tres de la tarde. Predicó despues á toda aquella muchedumbre con tanta mocion y con tanto fruto, que le obligaron muchas veces á interrumpir el sermón las lágrimas de los oyentes, seguidas (y esto fué su mayor consuelo) de grandes y ruidosas conversiones.

Mientras tanto, solicitado el papa por las instancias del emperador, no menos que por su propia inclinacion, pensaba hacer cardenal á nuestro Santo. Todo estaba ya resuelto y prevenido, cuando S. Ignacio supo representar con tanta viveza á su Santidad así sus razones como las del padre Francisco, que desistió de su intento, diciendo que las oraciones y los ruegos de los santos siempre eran eficaces. Dióle orden su general para que saliese del retiro de Guipúzcoa y pasase á la corte, donde el emperador y todos los grandes de España ansiosamente deseaban verle; obedeció, aunque le costó mucho sacrificio, el que premió Dios con los copiosos frutos que hicieron sus sermones, sus ejemplos; su modestia y sus conversaciones particulares en